

# GALLEGOS EN BUENOS AIRES



Fachada principal del edificio social del Centro Gallego de Buenos Aires.

## BUENOS AIRES, LA MAYOR CIUDAD GALLEGA DEL MUNDO

Cerca de 100.000 socios integran el Centro Gallego de la capital del Plata

Por JOSE IGNACIO RAMOS

### LOS GALLEGOS

De ranciedumbre, valor y tesón están amasados los gallegos. Vienen de lejos. No voy a hablarlos de los celtas ni de Suevia, pero permítame que recuerde cómo ya Silvio Itálico fué el relator del heroísmo gallego cuando Aníbal los envió a vencer en Cannas y Trasimeno.

acaudillados por Briatio. Y cómo Wellington, el famoso general inglés, exclamó: «Guerreros del mundo civilizado, aprended a serlo de los individuos del cuarto ejército gallego que tengo el honor de mandar. Cada soldado merece mejor que yo el bastón que empuño.» Pero en la mochila de los gallegos floreció en morriñas y nostalgias, veladas de «brétemas» sus almas sensibles, el hipotético bastón de mariscal. Y muchos, muchísimos, se vinieron a América, no tan tristes y quejumbrosos como le pareció a Rosalía, sino viajeros animosos e intrépidos, con vocación de aventura. Así, ahora, todos los españoles somos «gallegos» en América.

«En Buenos Aires—me decía alguien—todos los españoles son gallegos, mientras no se de muestre lo contrario. Y en algunos casos—añadía—, aunque se demuestre.» Y exponente el más genuino de su tesón, su trabajo y su solidaridad son estos Centros Gallegos diseminados por los países americanos que aúnan en pacíficas y beneméritas inquietudes a los que aquí viven formando hogares y contribuyendo más que ningún otro emigrante al engrandecimiento y prosperidad de los pueblos de América.



Actual Directiva del Centro Gallego, reunida en la casa social.

Decía Federico García Sanchiz con delicada metáfora que cierta vez que cerca de Compostela vió a unos gallegos durmiendo al pie de un roble, no supo decir si eran los gallegos la raíz del roble o era el roble el que producía a los gallegos. Ante el Centro Gallego de Buenos Aires, inmenso edificio que cobija sus afanes colectivos, sus obras benéficas, hasta su pequeña política, terminamos también por dudar si han sido los gallegos

los que han levantado este hermoso edificio, los que han coronado esta magnífica obra, o es el Centro el que «fabrica» los gallegos que se multiplican, pululan, trabajan e influyen en esta primera capital de habla hispánica. La sospecha vale la pena; por eso queremos decir algo hoy del Centro Gallego de Buenos Aires.

### COMO NACIO

Nació como nacen todas las empresas galaicas: de un «aturuxo», de un «alalá» o de una copla monologada o dialogada al estilo de la «regueifa». Porque cuando los gallegos se encuentran y quieren hacer algo grande, primero rompen a cantar. El Centro Gallego de Buenos

Aires nació de una alborada.

Allá por el año 1906 fallecía don Pascual Veiga, el famoso músico. Los gallegos de Buenos Aires, que hasta entonces andaban divididos o recelosos entre sí, vibraron ante este penoso suceso y pensaron en hacer algo en honor de Veiga. Después de cábalas y consultas se acordó realizar en el Teatro Maravillas una magna velada necrológica que culminaría con la «Alborada» de Veiga, la alborada famosa en el mundo entero. La cantaría un coro imponente formado por la suma de los tres coros que entonces rivalizaban en conseguir los máximos galardones orfeónicos: el «Orfeón Gallego», el «Orfeón Gallego Primitivo» y el «Orfeón Mindonense». Y así, el 31 de octubre de dicho año se apretujaban en el escenario del «Maravillas» más de ciento veinte voces, que con unción regional y religiosa atacaron los dulces y a la vez vibrantes compases de la «alborada» de don Pascual. No tardaron en brotar lágrimas de emoción y ternura ante la evocadora melodía que trasuntaba la más pura nostalgia galaica. Y fué así como quedó sellada la unión de los distintos bandos y surgió unánime el clamor para fundar un Centro Gallego que los cobijase a todos. Patrocinaron la idea nombres



La representación de Galicia en los Coros y Danzas españoles.

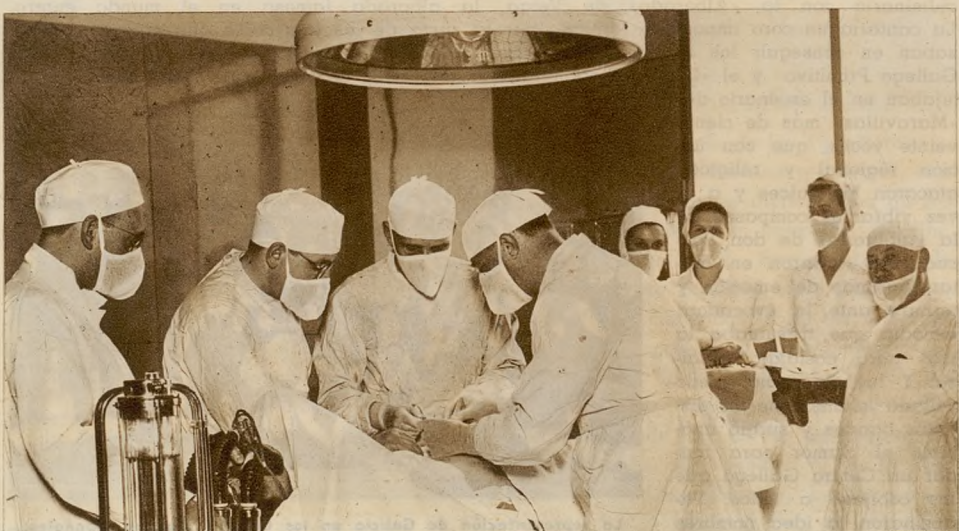


Un aspecto del patio de butacas del Teatro Colón, de Buenos Aires, durante el festival celebrado en dicho coliseo, por el Centro Gallego, para conmemorar la festividad de Santiago, Patrón de España, el 25 de julio de 1949, festividad que cada año celebran los gallegos de la Argentina.



Como una tradicional costumbre, los socios del Centro Gallego de Buenos Aires asisten a la misa que cada año, en la festividad de Santiago, se celebra en el panteón social por los socios fallecidos.

Momento de realizar una operación en el quirófano de la gran clínica quirúrgica que posee el Centro Gallego, uno de los instalaciones de que pueden estar orgullosos los españoles de la Argentina.



Cada año, los gallegos miembros del Centro que han cumplido veinticinco años como socios del mismo, reciben con orgullo un diploma, que representa sus bodas de plata con la institución.

Fué visitadísima la Exposición de productos farmacéuticos fabricados por los laboratorios del Centro Gallego de Buenos Aires. La «foto» reproduce un aspecto del público durante la inauguración.



de reconocido prestigio y la espolé con sus arengas periodísticas la eficaz pluma de Lence, el hoy veterano periodista, director de *Nuevo Correo*, cuya vida discurre paralela a la de la colectividad gallega de Buenos Aires.

Y así se fundó un pequeño centro—todavía con minúscula—, donde había una mesa de billar, una biblioteca y un «buffet», para decirlo con la terminología de la época. Después vinieron las obras de mutualidad y beneficencia, y, poco a poco, fué tomando incremento la institución, hasta llegar a ser lo que hoy es: imponente organización mutualista, benéfica y regional, modelo en su género, sostenida por el esfuerzo continuado—casi hereditario—de cerca de un centenar de miles de socios. Pero el Centro Gallego nació, no lo olvidemos, de una alborada.

#### LO QUE HOY ES

Desde aquel 2 de mayo de 1907, en que se firmó el acta de fundación del Centro, hasta hoy, la historia es larga, pero sencilla. Tendríamos que es-

tampar, para jalonarla, los nombres de beneméritos gallegos que han dejado sus apellidos indisolublemente unidos a iniciativas a cual más fecunda, a tesoneros esfuerzos de proselitismo, a generosas donaciones y, sobre todo, a una administración sobria y eficaz, que hizo de las finanzas sociales modelo de administración y orden. Como que todos los presidentes y miembros de las Comisiones directivas eran nada menos que otros tantos importantes comerciantes que en el barrio sur—esa extensa área formada por las calles Belgrano, Alsina, Moreno Rivadavia y Avenida de Mayo, que cortan y acotan el Paseo Colón y la calle de Entre Ríos—abrían sus pequeñas tiendas, que más tarde se convertirían en importantes edificios desde los cuales multiplicaban suscursales en el interior del país o ampliaban sus instalaciones en la capital. Ellos sabían muy bien lo que era hacer frente a la adversidad y dar la cara al destino. Conocían los «pasajes de llamada» desde su infancia, apenas juventud, y lo que era trabajar de sol a sol o durmiendo muchas veces sobre el mismo mostrador que al día siguiente era el estadio de sus transacciones. Porque ningún gallego niega ni oculta su humilde origen. Ellos saben que en los cuarteles de su escudo campean, al lado de la arenga de Wellington y de las estrofas de Rosalía, la vara de medir y la partida doble. Fueron sus tres amores Galicia, España y sus paisanos. Conocían el dolor del emigrante y presentían la grandeza futura de la Argentina. Había que prepararse para la gran batalla, y la ganaron. Fueron los gallegos los que más y mejor triunfaron en América. Sus firmas comerciales, sus capitales, sus instituciones, sus apellidos, llenos de sabor regional, unidos a los de familias de honda raigambre criolla, lo están pregonando. Roque Ferreiro, Alonsopérez, Ramón Cabezas, García Olano, Antonio Bóo, Rodríguez Arias, Neira Vidal, hasta su actual presidente, el activo e inteligente don José Villamarín, son nombres que descuellan entre otros no menos meritorios que timonearon el Centro Gallego con mano firme y rumbo certero hasta conducirlo a su esplendor actual. Sus famosos servicios médicos responden también a nombres ilustres que van desde su promotor benemérito, doctor don Avelino Barrio, hasta el actual jefe de las clínicas, el prestigioso doctor Caeiro.

Pero llamemos a la estadística en nuestra ayuda para poder dar una idea de lo que el Centro es en la actualidad. Sus socios pasan de los 90.000. Rige su vida una Junta, renovada periódicamente mediante reñidas y acaloradas elecciones. Para ello, y como no podía menos de ser, existen tres agrupaciones que presentan otras tantas listas de candidatos; tres partidos políticos, que podríamos decir, que se gastan sus buenos miles de pesos en propaganda para lograr el triunfo de su candidatura, llenando de humor y bullicio, de trajín electoral, las calles del barrio sur. Su monumental edificio social, en cuya ampliación se van a invertir cinco millones de pesos más, alberga no solamente todas las dependencias inherentes a una gran institución, sino sus clínicas, servidas por los mejores médicos y cirujanos, sus sanatorios y los servicios de farmacia y accesorios.

Además, el Centro Gallego organiza exposiciones de libros, de cuadros, de obras de arte, en general; abre y premia concursos literarios, encabeza suscripciones patrióticas, etc., etc.

Concretando: en su sanatorio hay 200 camas, número que se está ampliando actualmente. Tiene cinco salas de cirugía, dotadas con los elementos más modernos, donde se practican quince operaciones mayores diariamente. Posee amplios laboratorios, gabinetes radiológicos, odontológicos, etc. Su farmacia fabrica comprimidos y medicinas y dispone de las más modernas drogas y antibióticos, gracias a las franquicias de divisas que le otorga el Gobierno, advertido de la gran obra benéfica que realiza. Las recetas que se despachan diariamente pasan de 3.000. El cuerpo médico está constituido por 170 distinguidos profesionales que atienden solícitos a 4.000 enfermos diarios. El número de empleados se acerca al medio millar. Tiene rápidas ambulancias para recoger en sus domicilios a los enfermos graves o a los accidentados. Y todo este milagro de atención lo ofrece a sus asociados por sólo cinco pesos mensuales de cuota (menos de lo que vale la entrada de un cinematógrafo), y tiene sus puertas abiertas, no sólo para los gallegos, sino para todos los españoles y también para los argentinos.

Creo que fué al gran Eugenio Montes a quien escuché la observación de que los gallegos están tan identificados con el más allá, que algunos no vacilan en hacer préstamos para cobrar una parte en la otra vida.

Desde luego ningún idioma ni dialecto tiene un vocablo en diminutivo, cariñoso y afectivo, para denominar a los muertos. Galicia, sí; los llama difuntíños. El Centro de Buenos Aires cuida y protege a sus asociados durante la vida. Y para la muerte les da también piadoso reposo en su gran panteón social, cimentado sobre piedra berroqueña traída de la misma Galicia y ornado con esculturas y tallas de Francisco Asorey, en cuyo centro se alza una amplia capilla. En torno a ella y en dos mil nichos duermen su sueño eterno los emigrantes pobres, «los difuntíños» que, lejos de la tierra meiga, encontraron la muerte, y a los que el orvallo no ha de regar sus tumbas ni el «vento mareiro» cantarles—broar—en los pinos la rumorosa elegía céltica.



Las elecciones que se celebran para elegir la Junta directiva del Centro Gallego de Buenos Aires apasiona a todos los asociados. He aquí un grupo de socios consultando en los locales del Centro el padrón electoral, un día de comicios sociales.



Las elecciones en el Centro Gallego de Buenos Aires pasan por todos los conocidos mecanismos del sufragio popular. Las «fotos» reproducen el momento solemne en que deposita su voto un socio y, abajo, el momento de realizar los escrutinios.

